

brian aldiss

EL
TAPIZ
DE
MALACIA



Malacia es una enigmática ciudad suspendida en el tiempo, donde todo cambio está prohibido; por sus calles desfila la más excéntrica variedad de personajes: duques, prósperos mercaderes, aristócratas arruinados, sacerdotes, cortesanos, mendigos, soldados y empresarios de teatro venidos a menos. Entre ellos, el alocado, pícaro y galán Perian De Chirolo, un joven actor que, a falta de trabajo, ejerce de vividor. Hasta que aparece el misterioso Otto Bengtsohn y le ofrece colaborar en una revolucionaria y arriesgada obra. Perian solo se decide a participar cuando conoce a la bella Armida Hoytola, que también intervendría en el proyecto.

Recreando en clave de fantasía la Venecia barroca y decadente, Aldiss ha tejido una novela insólita y absorbente donde los protagonistas son las palabras, el destino, el erotismo, la grandeza, la vitalidad y los sentidos.

Índice de contenido

El tapiz de Malacia

Libro Uno

Saltimbanquis en un paisaje urbano

Un globo sobre el Bucintoro

Libro Dos

Un festín inmerecido

Mujer con mandolina a la luz del sol

El horóscopo de un joven soldado

La cacería de ancestros

Libro Tres

Interior de un castillo con penitentes

Copas de boda y huéspedes desnudos

Sobre el autor

Para Margaret

*El tiempo bajo un amanecer
de cristal, y nubes de polen
que cruzan el océano verde.*

*Tú eres mi sueño
verde sueño de existencia
frágil pero perdurable.*

*Fácil es cantar a los antiguos dioses
en los días de tu juventud,
cuando amor y confianza no parecen reñidos;
pero yo sé que hay dioses detrás de los
dioses,
dioses que es mejor no cantar.*

K. G. St. Chentero
(XVI Mil.)

LIBRO UNO

Saltimbanquis en un paisaje urbano

El humo entraba por mi ventana y oscurecía la luz.

Había algo nuevo en los aromas habituales de La Estrella. Entre los olores de la madera recién cortada, las especias, las cocinas, los desagües y el incienso de Ronco, el brujo de la esquina, flotaba la fragancia del humo de madera. Tal vez el vendedor había quemado otra vez la carga de aserrín.

Fui hasta la ventana y miré la calle, que estaba más atestada que de costumbre a esa hora del día. Los gongofermos y los carros habían desaparecido, pero en la calle de los Tallistas la gente iba y venía empujándose: mozos de cordel, mendigos y holgazanes en general. Hacían lo posible ya fuera por impedir o por favorecer el avance de seis corpulentos orientales, todos tocados con turbantes, todos acompañados de muchachos esbeltos como lagartijas, que los cubrían con baldaquines, tanto con el propósito de darles un toque de distinción como de hacerles sombra, ya que el sol del verano tenía aún poca fuerza.

El humo se elevaba de los desperdicios de un mercader de cenizas, que estaba quemando las basuras de la calle. Luego de una buena narigada, retiré la cabeza.

Los orientales habían desembarcado sin duda de un trimere que acababa de llegar. Desde mi ático, por entre los tejados, podían verse las velas plegadas a lo largo del Satsuma, a solo un par de callejones de distancia.

Me puse los botines azules de cuero auténtico de marjasaco; los negros estaban custodiados, y lo más probable era que siguieran así durante un tiempo. Después salí a saludar el día.

Mientras bajaba la chirriante escalera, me encontré con mi amigo De Lambant que subía a verme, con la cabeza

baja como si fuera contando los escalones. Nos saludamos.

—¿Has comido, Perian?

—Vaya, si durante horas no he hecho otra cosa —respondí mientras descendíamos—. Me di un verdadero banquete en Truna, y el pastel de pichones no fue el único atractivo.

—¿Has comido, Perian?

—Hoy no, si te niegas a creer lo del pastel de pichones. ¿Y tú?

—Encontré un bollo que estaba ocioso en la bandeja de un panadero, mientras venía hacia aquí.

—Ha entrado un barco. ¿Le echamos un vistazo mientras vamos a casa de Kemperer?

—Si crees que vale la pena. Hoy el horóscopo no me favorece. Anuncia mujeres, aunque al parecer todavía no. Saturno se muestra difícil, y las entrañas están todas contra mí.

—Mis apuros son tantos que ni siquiera le pediré a Ronco que bendiga mi amuleto.

—Es maravilloso no tener problemas de dinero.

Seguimos caminando, de buen humor. Pensé que el jubón de mi amigo no era de un tono de verde demasiado excitante; revelaba demasiado al comicastro^[1]. Sin embargo, Guy de Lambant era un mozo bastante apuesto. Tenía ojos vivos y oscuros, y las cejas agudas y sarcásticas, tanto como la lengua. De constitución maciza, caminaba con cierto aire de jactancia, cuando se acordaba. Como actor era bueno, había que admitirlo, aunque le faltara mi dedicación. En cuanto al carácter, tenía todo lo que se puede desear, en un amigo: divertido, perezoso, vano y disoluto, listo para cualquier malandanza. Juntos, estábamos siempre de buen ánimo, como podrían confirmarlo muchas damas de Malacia.

—Quizá Kemperer nos dé algo para el desayuno, aunque no haya trabajo.

—Eso depende de con qué humor esté —señaló De Lambant—. Y eso depende de La Singla y de cómo se haya estado portando.

A esto no respondí. Había un asomo de celos entre nosotros a propósito de la mujer de Kemperer. Pozzi Kemperer era el gran empresario, uno de los mejores en Malacia. Tanto De Lambant como yo habíamos estado en la compañía de Kemperer durante casi dos años; nuestra falta de empleo no era una novedad.

Sobre el muelle se movía un enjambre de hombres; la mayor parte de ellos trabajaba con el pecho y los pies desnudos, tirando de cuerdas, elevando montacargas, levantando cajas. Estaban descargando el trirreme. Unos cuantos espectadores estuvieron encantados de informarnos que una nave del Oeste había venido por el río Toi desde Seis Lagunas. Los optimistas pensaban que quizá trajera estatuas, los pesimistas que podía traer la peste.

Cuando llegamos, unos aduaneros con tricornios salían del barco. Debían de haber estado buscando mercancías prohibidas, en particular cualquier cosa nueva que pudiera alterar la vida apacible de Malacia; aunque yo no pudiera menos que aprobar lo que hacían, pese a aquellos sombreros y uniformes y a que eran una pobre y apolillada colección de viejos, uno cojo, uno medio ciego y el tercero, a juzgar por las apariencias, cojo, ciego y además borracho.

Guy y yo habíamos presenciado escenas así desde que éramos niños. Los barcos que llegaban del Este eran un espectáculo mejor que los del Oeste, ya que con frecuencia transportaban animales exóticos y esclavas negras. Mientras me daba vuelta, urgido en parte por los ruidos de mi estómago, observé la extraña figura de un viejo que brincaba en la cubierta del trirreme.

Las vergas parecían cortarle el cuerpo en segmentos, pero un momento después dio media vuelta y bajó por la planchada, con una caja debajo del brazo. Era un hombre canoso y encorvado, y algo en su atuendo me hizo pensar

que era extranjero, aunque no pertenecía a la tripulación; es más, yo creía haberlo visto antes en Malacia. A pesar del calor llevaba una andrajosa chaqueta de piel. Lo que me llamó la atención fue el rostro barbudo que mostraba a la vez deleite y cautela; intenté dar la misma expresión a mi cara. El hombre huyó rápidamente hacia La Estrella y se perdió de vista. La ciudad rebosaba de personajes raros.

Varios coches se acercaban a lo largo del Satsuma. En el momento en que De Lambant y yo nos íbamos, alguien nos llamo desde uno de los coches. La portezuela se abrió y vimos a mi hermana Katarina que nos saludaba con una sonrisa dulce.

Nos abrazamos con afecto. El carruaje era uno de los más destartados; el escudo de armas de los Mantegan apenas se distinguía. Al casarse, Katarina había ido a parar a una familia arruinada; sin embargo, se la veía tan pulcra como siempre, los largos cabellos oscuros recogidos severamente en la nuca, enmarcaban los delicados contornos de la cara.

—Parecéis ambos muy ociosos —añadió.

—Eso es parte naturaleza, parte artificio —le contestó De Lambant—. Nuestros cerebros están muy activos... el mío, por lo menos. No puedo hablar por tu pobre hermano.

—Mi estómago está activo. ¿Qué te trae por aquí, Katarina?

Katarina sonrió con cierta tristeza y miró el adoquinado.

—La ociosidad también, podríais decir. Vine a ver al capitán, por si había noticias de Volpato, pero no tiene cartas para mí.

Volpato era el marido de mi hermana... con más frecuencia ausente que presente, y si presente, por lo general borracho. Tanto De Lambant como yo ronroneamos nuestra muestra de simpatía.

—Pronto llegará otro barco —le dije.

—Mi adivino me orientó mal, así que me voy a la catedral a rezar. ¿Venís conmigo?

—Nuestro Hacedor esta mañana es Kemperer, mi dulce hermana —le dije—. Y él nos hará o nos destruirá. Ve, y actúa como nuestra Minerva. Pronto iré a visitarte al castillo.

Lo dije con ligereza, para intentar tranquilizarla.

Katarina me miró con aire preocupado.

—No te olvides, entonces. Anoche fui a ver a padre, y jugué con él al ajedrez.

—¡Me asombra que tuviera tiempo para jugar al ajedrez, metido como está en ese antro, entre viejos volúmenes! ¡*Disquisición sobre las convergencias... ¿o son congruencias o divergencias?* Nunca consigo recordarlo... *entre la Religión Suprema y la Religión Natural y el mitraísmo y las narices del obispo!*

—No te burles de tu padre. Perian —me reprendió dulcemente Katarina, mientras volvía a subir al coche—. El trabajo que hace es muy importante.

Separé elocuentemente las manos e incliné la cabeza a un lado para mostrar piedad y resignación.

—Le tengo amor al viejo, y sé que su trabajo es importante. Pero estoy cansado de que me sermonee.

Mientras caminábamos a lo largo del muelle hacia Bucintoro, De Lambant me dijo:

—Tu hermana, con ese vestido de color gris paloma... realmente es muy atractiva dentro de su sobriedad... Tengo que ir a visitarla en su castillo solitario alguna de estas hermosas veladas, aunque tú no lo apruebes. Lo mismo que su marido, parece.

—Aparta tus inmundos pensamientos de mi hermana.

Hablamos en cambio de la hermana de De Lambant, Smarana, para cuya boda, en una fecha determinada por una conjunción favorable de constelaciones, faltaban poco más de cinco semanas. La idea de que habría tres días de celebración familiar nos alegraba, sobre todo porque las dos familias, los De Lambant y los Orini, habían contratado

a la compañía de Kemperer para que actuara el segundo día. Entonces, por lo menos, tendríamos trabajo.

—Representaremos una comedia que nadie olvidará. Hasta estoy dispuesto a caerme otra vez por las escaleras, para que se rían.

Me hundió un dedo en las costillas.

—Ruega que comamos antes de ese día, porque ya nos veo actuando en el Mundo de las Sombras. Ya estamos en el mercado... ¡vayamos por caminos diferentes!

El mercado de frutas se hallaba al final del distrito de La Estrella. A esa hora de la mañana estaba atestado de clientes y se oía un zumbido de discusiones, chismes y avispas grandes como pulgares. De Lambant y yo pasamos entre los puestos al trote, chocando con los clientes, esquivando los pilares, hasta llegar juntos al otro extremo, riendo, con una buena muestra de melocotones y albaricoques.

—Un buen día de trabajo —comentó De Lambant, mientras masticábamos—. ¿Por qué preocuparse en ir a casa de Kemperer? No tiene nada para nosotros. Vámonos a beber a Truna. Portinari estará allí.

—Oh, visitemos al viejo de todos modos, para mostrarle que estamos vivos y flacos por falta de partes. Me dio un golpe en el pecho.

—A mí no me *faltan*. Habla por ti mismo.

—Ciertamente, no hablaré de lo que no se puede. Es increíble cómo aguantan las mujeres esas repugnantes partes tuyas.

En el rincón de la escalera de cierto conocido escribano había un anciano mago, llamado Todo el Mundo. Todo el Mundo se instalaba en la escalera siempre que los augurios eran propicios, como en los días en que a mí me llevaban al mercado a cuestas. Tenía el rostro tan caprino como el del macho cabrío atado a un poste junto a él, los dientes igualmente amarillos y el mentón no menos velludo. Sobre un altar de hierro ardía una serpiente seca, y las sustancias que había esparcido sobre ella despedían ese vaho típico de la

Religión Natural, al que Mandaro, mi sacerdote, se refería casi con desdén llamándolo «el hedor de Malacia».

A la sombra del porche del escribano, consultando a Todo el Mundo, había un hombre encorvado con chaqueta de piel. Algo en su porte, o en la manera enfática con que sostenía una caja bajo el brazo, me llamó la atención. Parecía que estuviera a punto de escapar más rápidamente de lo que podían llevarlo las piernas. Siempre en busca de gestos para copiar, lo reconocí en seguida como el hombre que se había ido como huyendo del trirreme.

Varias personas esperaban para consultar a Todo el Mundo. Mientras pasábamos frente a ellos, el mago arrojó algo a las cenizas ardientes del altar, que echó una llamareda amarilla brillante. Atraído por la llama, caí también en la trampa de la mirada ambarina de Todo el Mundo. El brujo levantó un brazo y me hizo señas con un dedo rojo y retorcido como una víscera.

Di un codazo a De Lambant.

—Te está llamando.

De Lambant me lo devolvió, con más fuerza.

—Es a ti, joven héroe. ¡Ve en busca de tu destino!

Mientras me adelantaba hacia el altar, el perfume acre me irritó la garganta y me hizo toser, de manera que apenas alcancé a oír el único anuncio que me hizo Todo el Mundo:

—Si te quedas, menéate menos y actuarás mejor.

—Gracias, señor —dije y fui detrás de De Lambant, quien ya se alejaba presuroso. Yo no tenía ni un denario para dejar, por más que en Malacia se dé gran valor a un consejo.

—Guy, si es que algo significa, ¿qué habrá querido decir? «Menéate menos y actuarás mejor». Una advertencia típica contra el cambio, supongo. Cómo me enferman ambas religiones.

Guy mordió medio melocotón, dejó que el zumo le chorreara suntuosamente por la barbilla, y dijo con afectada

voz de erudito:

—Sumamente típico del misoneísmo^[2] de nuestra época, amigo De Chirolo; en mi opinión, uno de los peligros de vivir en una gerontocracia... No, bobo, tú sabes bien a qué se refiere el viejo cabrón. Es mejor crítico teatral de lo que imaginas, y espera curarte del hábito de dar saltitos por el escenario, robándote las candilejas.

Estábamos por iniciar una pelea cuando alguien me tomó de la manga. Me di vuelta, pensando en un ratero, y me encontré con el viejo de la caja y la chaqueta de piel. Estaba jadeante, con la boca abierta, mostrando los dientes rotos y las fauces; sin embargo, tenía una cara despierta y vivaz, a lo que contribuían los ojos azules, un color raro en Malacia.

—Perdonen la intrusión, caballeros. Creo que usted es el joven Perian De Chirolo.

Hablaba con una especie de acento. Admití mi identidad y conjeturé en voz alta que quizá había sacado algún placer de mis actuaciones.

—No soy, joven señor, buen juez de actores, aunque casualmente he escrito una pieza que...

—En ese caso, señor, cualquiera sea el nombre de usted, no puedo ayudarlo. Soy actor y no empresario, de modo que...

—Discúlpeme, pero no iba a pedirle un favor, sino a ofrecérselo. —El hombre se envolvió con dignidad en la chaqueta, sin dejar de acunar la caja—. Me llamo Otto Bengtsohn, joven señor. No soy de Malacia, sino de Tolkhorm, al norte, de donde me fui hace años a causa de las adversidades peculiares que hacen de la vida de los pobres una maldición. Mi creencia es que solo los pobres ayudarán a los pobres. Y por eso mismo quisiera ofrecerle trabajo, si está usted libre.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

La expresión del viejo se volvió muy severa; de pronto era un hombre diferente. Me miraba como si creyera que

había cometido un error.

—El tipo de trabajo *de usted*, naturalmente. Actuar. — Unió los labios como si los tuviera cosidos—. Si está usted libre, le ofrezco trabajo con mi zahnoscopio.

Mientras lo miraba tome la resolución, no por primera vez, de no envejecer nunca.

—¿También tiene usted trabajo para este mi buen amigo, Guy de Lambant, casi tan famoso, casi tan joven, casi tan pobre, casi tan hábil como yo, anciano Bengtsohn de Tolkhorm?

—Los pobres —preguntó De Lambant— ¿ayudan solamente a un pobre o a dos?

—Solo un pobre me permiten mis modestos propósitos —respondió el viejo—. Todo el Mundo, al igual que mi astrólogo personal, indicó que ese uno ha de ser el joven Perian De Chirolo, de acuerdo con las predicciones.

Le pregunté entonces qué demonios era el zahnoscopio. ¿Era un teatro?

—Teatro no tengo, señor. —La voz se hizo más confidencial, y agarrándose a uno de mis botones, el viejo se abrió paso entre De Lambant y yo—. No deseo hablar en la calle. Tengo enemigos, y el Estado tiene ojos. Venga a mi miserable casa y verá usted mismo la cosa que le ofrezco. No se trata solo de algo momentáneo y fugaz, se lo aseguro. Vivo no lejos de aquí, al otro lado de San Marco, en una plaza de la calle Exposición, bajo la enseña del Ojo Oscuro. Venga a verme, de acuerdo con las predicciones.

Una berlina dorada que pasó traqueteando y demasiado cerca me permitió apartarme de él sin perder el botón.

—Vuelva usted a ese ojo oscuro y a esa plaza oscura, mi venerable amigo. Nosotros tenemos otros asuntos, y nada que ver con usted o con los astros.

El viejo se quedó allí con la caja firmemente aferrada bajo el brazo, la boca otra vez cosida, el rostro inexpresivo. Sin desilusión ni enfado. Solo con una mirada desconcertante, como si me hubiera sumado en algún pulcro libro